

¡VIVA SANTA TERESA DE JESÚS!

Alba de Tormes, en el día de la Transverberación del corazón de santa Teresa de Jesús de 1875.

A LAS HIJAS DE MARÍA INMACULADA Y TERESA DE JESÚS DE TORTOSA

¿A quién sino a vosotras, mis estimadas hermanas en Jesús y su Teresa, debo dirigir mis primeras líneas desde este lugar santo, imán y centro dulcísimo de todos los corazones Teresianos? Vosotras, las primeras del mundo que habéis levantado y sostenéis con honor la enseña inmaculada de María y de Teresa de Jesús, merecéis sin duda esta atención, y vuestro subido cariño y apasionado amor por la gran Santa y sus cosas lo exigen justamente. Si bien cuánto a vosotras diga debe servir de aviso y estímulo a todas vuestras hermanas que en los otros puntos de España, emulando vuestro hermoso ejemplo, tratan de acreditar con sus obras que también aman a la Heroína española santa Teresa de Jesús.

Cinco días en Alba de Tormes, donde se venera el corazón y cuerpo incorruptos de nuestra adorada Madre santa Teresa de Jesús, en el mes y día consagrado a su transverberado corazón, ¿puede darse mayor dicha en este mundo? Cinco días orando, celebrando misa y oficiando en la solemne del día de la Transverberación, ¿puede apetecerse mayor consuelo? ¡Ah! para nuestro pecho teresiano, lo confesamos ingenuamente, no cabe otro mayor en este miserable destierro.

Mas, desearéis os cuente mi viaje teresiano, y voy a satisfacer con sumo gusto vuestra justa ansiedad. No obstante, como espero veros luego, y de palabra deciroslo todo, todo, y además mi amigo y compañero dignísimo de viaje os lo contará, como espero confiadamente, con todos los detalles; no podré hoy hacer otra cosa más que indicaros lo más principal que hemos visto y aprendido de nuestra santa Madre Teresa de Jesús.

Dejamos loca de santa alegría a vuestra querida y venturosa hermanita Teresa, hoy Teresa de Jesús, en Villanueva de la Jara, en el mismo palomarcito que labraron las benditas manos de santa Teresa de Jesús, después de haberla vestido el santo hábito y predicado el día de la Asunción de la Virgen, haciéndose tan espléndida función, que no recuerdan aquellas buenas almas otra igual con tal motivo.

Pasamos luego a Ávila visitando la cuna y lugares que santificó con su presencia santa Teresa de Jesús. Celebré misa en la primitiva iglesia de la Reforma, erigida con la advocación del señor san José. Aquí instalamos en el mismo día aniversario de la primera misa que mandó celebrar la Santa al tomar posesión de este convento (24 de agosto de 1562), nuestra querida Asociación Teresiana, con asistencia del señor Obispo y con Jesús sacramentado expuesto. Celebré misa el día siguiente en el lugar donde nació la Santa, convertido hoy en rica capilla, visitando luego el pequeño lugar donde con su hermanito Rodrigo hacía sus ermitillas cuando niña la que había de dejar edificados en el día de su muerte hasta treinta y dos monasterios. Al día siguiente celebré en la celda, en otro tiempo de la Santa, del convento de la Encarnación, donde estuvo veintisiete años recibiendo los más señalados y regalados favores de su Esposo Jesús; esto es, los Desposorios y la Transverberación de su seráfico corazón. Todavía se conserva en la celda, donde esta merced recibió, sangre que manó de tan seráfica herida. Allí respiré por vez primera el olor suave y celestial con que embalsamados están los lugares y cosas que con su contacto santificó la Santa.

Dejamos Ávila el 25 de agosto, cuna de santa Teresa de Jesús, para visitar su sepulcro, y ver y admirar con nuestros propios ojos su transverberado y espinado corazón. Después de celebrar misa en el altar donde se venera el sepulcro de la Santa, la víspera de su Transverberación, en el convento de Alba de Tormes, tuve la

dicha de ver y admirar el corazón físico, real, de mi adorada Madre, corazón que santificó con su presencia de un modo tan extraordinario el divino Jesús.

No puede explicarse lo que mi corazón sintió al ver tan de cerca la profunda y ancha herida que le abrió el Serafín, y las espinas que brotan de él... La herida ¡oh la herida! Causa estremecimiento y grandísima compasión al contemplarla, pues corta casi de parte a parte el corazón. Deseos me vinieron de reconvenir al Serafín que tan despiadada y cruelmente hirió tan hermoso y puro corazón. Mas ¡ay! que el amor es fuerte como la muerte y duro como el infierno; y no podía menos el Señor, ansioso de hacer la voluntad de los que le temen y aman, que complacer a su Amada, haciéndole gustar las dulzuras y amarguras del amor, arrojándola en las llamas de este **divino infierno**, como ella dice¹. Las espinas se distinguen cuatro perfectamente a la simple vista. Las dos que se descubrieron en el año aciago de 1836 miden, como es sabido, seis centímetros de longitud y tres milímetros de grueso. Pero, lo que no es sabido por muchos de vosotros, es que no son **cinco** dichas espinas, sino **quince** las que hoy se observan salir y crecer de tan bendito corazón. Es verdad que no todas se descubren a la simple vista; pero sí que todas se ven perfectamente con auxilio de lentes. ¡**Quince** espinas brotan de tan inocente corazón! ¡**Quince** espinas cercan a esta bellísima rosa de celestial perfume, que embalsamó el mundo y recreó los cielos esparciendo el suave olor de Jesús! ¿Por qué brotan estas espinas? ¿Cómo crecen y se multiplican?... Sólo Dios lo sabe. A nosotros sólo sí nos es dado por hoy observar que las espinas significan sufrimiento, dolor, y que se nos figura que el Señor quiere complacer a su enamorada Esposa, que le pedía siempre: "O morir, o padecer; morir y padecer", oyendo su súplica aún después de su muerte; pues muerto su corazón da aún señales de padecimiento.

¿No os moverá a compasión, sobre todo a vosotras sus hijas muy amadas, tan doloroso espectáculo? ¿No os afanaréis con vuestras oraciones y buenas obras por arrancárselas? ¿No es verdad que si ahora viviese la Santa y os mostrase su corazón espinado y os revelase sus sufrimientos, que trabajaríais todas las jóvenes católicas por aliviarle sus padecimientos?... De mí sé deciros que entre los afectos de amor, de compasión, de gozo y de pena que experimenté al contemplar tan doloroso espectáculo, el que más dominó en mi alma fue el de trabajar con celo siempre más activo por procurar este alivio a mi amada Santa, extendiendo el reinado del conocimiento y amor de su Jesús y de ella en el mundo. Haced, pues, vosotras otro tanto; sobre todo al hacer el cuarto de hora de oración, decidle con filial confianza: ¿Qué puedo, qué debo hacer, Madre mía de mi alma, para arrancar las espinas que punzan y atormentan vuestro inocente corazón?... Y lo que os diga, esto haced.

Mas basta por hoy. Otro día hablaremos más detenidamente de este hecho raro, que está llamando justamente la atención de Roma y de todo el orbe católico.

Pero fuerza será deciros dos palabras de **vuestro** corazón. Me preguntaréis con interés: Y nuestro corazón de plata, que representa fielmente el de nuestra santa Madre, y que guarda escritos y encerrados dentro con llave todos los nombres, y peticiones, y secretos, de sus hijas de Tortosa, ¿qué se ha hecho? ¿dónde para?- ¿Lo queréis saber? Alegraos. **Vuestro** corazón descansa junto, cerquita, lo más cerca posible del corazón físico de la Santa, colgado del magnífico relicario de plata que guarda el mismo de la Santa, a su lado izquierdo, que es por donde el Serafín hería su corazón. La Madre María Teresa de Jesús, priora de tan ejemplar Comunidad de hijas predilectas de Teresa, no bien le indicamos vuestros deseos, accedió a ellos con la amabilidad que la caracteriza, colocando vuestro corazón lo más cerquita posible del de la Santa en el mismo día aniversario de su Transverberación. Y en verdad que merecíais tan preferente lugar, vosotras que habéis sido las primeras en el mundo en formar asociación, por conocer y amar, y hacer conocer y amar a la seráfica Doctora. Allí, cerquita de tan ardoroso corazón, ¡cuán bien se hallará el vuestro, joven y ardoroso también, hermanas mías! ¿No es verdad que de hoy en adelante ningún corazón vivirá frío en el amor de Jesús y de su Teresa? ¿que aumentaréis en amor a Dios? La Santa bendita, que respira llamaradas de amor aún por su ancha herida,

¹ Exclam. 17

herirá el vuestro, y lo abrasará, y lo consumirá en los castos amores en que el suyo se consumía. Las primeras chispas, los más ardorosos incendios que broten de este volcán de amor divino, prenderán con mayor viveza, y antes que en otros corazones, en los vuestros, y yo lo confío, experimentaréis más vivos deseos de amar a Jesús de Teresa y a Teresa de Jesús. Todas las causas obran con mayor eficacia en los objetos que hallan más próximos, tendiendo a asimilarlos a sí. ¡Ah santa Madre nuestra! ¡Si con tu divino fuego lograras transformar nuestro pobre y helado corazón en un corazón inflamado de amor de Jesús, como el tuyo; vivir vida de amor y morir, como tú, a un violento impulso del amor divino, ¡cuán agradecidas te estarían tus hijas y todos los que tenemos escritos nuestros nombres en este corazón! ¿No lo harás, Madre nuestra?...

Esta, hermanas mías, fue la principal súplica que dirigió al dejaros junto a este incendio de amor, más aún, dentro de él, quien os ama en Jesús y su Teresa

Enrique de Ossó.